



Mejorar el presente, sostener el futuro

Hay conceptos que nacen con una cierta aureola transformadora y que acaban perdiendo su magia cuando ya están incorporados, incluso, a los papeles del FMI o a los discursos del Papa. Los verdes llamaban la atención cuando comenzaron a hacerse oír en la política alemana, y hoy están tan desdibujados como cualquier otro partido. El intento de convertir el ecologismo en una idea universal de recambio se ha frustrado, porque de la parte no surge ninguna propuesta que abarque el todo. El concepto de sostenibilidad ha ido de acá para allá por la ciencia y la política con un billete permanente de ida y vuelta. Sin embargo, cuando las naciones convocadas por la ONU asumen el problema de la sostenibilidad, por mucho que las ideas innovadoras puedan encallarse en las máquinas burocráticas, es indiscutible que se ha levantado acta de que hay un problema cuya existencia no puede negarse.

Es preciso recuperar el valor de algunas de estas palabras. Y hay que hacer todo cuanto sea posible para que las promesas y las buenas intenciones se traduzcan en sensibilidad colectiva, que es la que puede exigir efectos políticos reales. En el CCCB la cuestión de la sostenibilidad en el desarrollo de las ciudades constituye un tema central, una de las tres líneas de investigación permanente, junto con la historia urbana y el espacio público. La exposición «La ciudad sostenible» no es más que un paso más en nuestro trabajo, una primera apelación pública a la comprensión y la asunción del problema y de su gravedad real. La tarea de investigación emprendida por el CCCB se verá reforzada al acoger los programas de documentación de la Red de Ciudades y Pueblos hacia la Sostenibilidad.

Es importante explicar sin obsesiones catastrofistas que la Tierra no podrá aguantar indefinidamente el impacto de la acción del hombre a no ser que se introduzcan modificaciones sustanciales en las formas de crecimiento y de consumo que comporta el modelo de desarrollo occidental, que opera como referencia única de progreso en el planeta. También debemos explicar que los sistemas urbanos son los que tienen mayor impacto sobre la Tierra, y que nuestro modelo de ciudad no es extensible, de manera que, si seguimos por este camino, se alcanzarán situaciones de conflictividad insoportables. Debemos comprender que son sobre todo las ciudades occidentales, como tales y como modelo que todos quieren imitar, las que tienen efectos más depredadores. Y debemos ser conscientes de que a menudo nos hemos jugado la sostenibilidad en proyectos que no son precisamente el paraíso terrenal. Para dar un ejemplo muy cercano, desde los años setenta Barcelona y su área metropolitana no han cambiado mucho en lo que respecta a su número de habitantes. En cambio, la ocupación de territorio y el consumo de agua y energía han crecido exponencialmente. Es este modelo el que necesita una rectificación.

No se trata, por lo tanto, ni de hacer catastrofismo, ni de soñar con arcadias que felizmente ya no volverán. Pero sí se trata de tomar conciencia de la ineficacia que las administraciones, las empresas públicas y privadas y nuestras sociedades en general han demostrado desde el punto de vista del equilibrio ecológico. Y de saber que, si queremos que esto dure, si entendemos que el respeto y la solidaridad son elementales, no podemos continuar construyendo nuestro modelo a costa de prohibir a los otros el acceso a condiciones de vida como las nuestras; debemos aprender a hacer las cosas de otra manera, por mucho que poderosas tramas de intereses se opongan sistemáticamente a introducir las modificaciones indispensables en nuestro modelo de sociedad.